
Beatriz Gimeno

Nomadland, una visión alternativa

Salí de ver *Nomadland* muy pensativa, necesitaba digerir la película. Es, sin duda, una película hermosa, pero había algo en ella que no acababa de gustarme. Quizá tenga que ver con las críticas que he leído, todas muy buenas; quizá no se debería ir a ver una película habiendo leído sobre ella. Pero había leído. Había leído que es una crítica al neoliberalismo, a los empleos "uberizados", a la muerte de los lugares de pertenencia cuando la globalización impone la desertización de todo: pueblos, ciudades, paisajes, amores, amistades...; había leído que era una oda a la solidaridad entre los que tienen poco o nada, una alternativa para poder construir los vínculos que nos mantienen humanos aun en las peores condiciones posibles.

Lo cierto es que la historia parte, sí, de uno de esos "no lugares" que tras la crisis de 2008 han ido desapareciendo por toda la geografía de EE.UU. Donde hubo prosperidad, no quedan sino cenizas, como la vida de la protagonista, arrasada por la muerte de un marido que se muestra como similar a la muerte de su pueblo de arraigo y de su comunidad. La muerte de la persona amada, la muerte del pueblo y un paisaje desolador del que la protagonista sale en su camioneta sin apenas pertenencias. Porque lo cierto es que la película es la narración de un viaje interior, el de la protagonista, incapaz de encontrar un lugar propio, incapaz de asentarse en otra ciudad o en otra casa porque no puede aposentarse en otra vida después de haber perdido aquella de la que fue expulsada, incapaz de abandonar su soledad cuando ya es elegida. Y en ese viaje encuentra a otros seres humanos tan solitarios como ella que forman una especie de comunidad frágil de nómadas contemporáneos que encuentran alivio en sus propias soledades y en el contacto con la naturaleza.

La narración de un viaje interior desde el destierro vital hasta la paz, es un tema clásico que ha dado origen a maravillosas obras de arte en la literatura, el cine o el teatro; y es posible que esta película tenga esas hechuras. Y seguramente la hubiera apreciado más si, quién sabe si influida por algunas críticas, no hubiera esperado otra cosa y si no hubiera encontrado en ella algunas cuestiones que me parece que abren un abismo entre lo que pretende y el resultado final. El principal escollo que le encuentro es que me parece, en parte, una romantización de la pobreza real y una oda a la individualidad como solución a los problemas sociales.

Las personas que transitan por EEUU en camionetas o caravanas son, como dice la hermana de la protagonista, "parte de una tradición norteamericana, casi como los antiguos pioneros". Y es verdad que esa tradición existe. No lo hacen empujados exactamente por la pobreza o la necesidad. En realidad dicha pobreza solo marca el precio de los vehículos que conducen. Los personajes que muestra la historia no tienen en la pobreza su principal problema. De hecho, algunas de las caravanas que conducen cuestan mucho dinero. Son nómadas, buscadores de libertad, solitarios y solitarias, personas dañadas, con heridas, seres humanos que buscan y no encuentran o que encuentran únicamente en esas comunidades que se forman a la luz de una hoguera en pleno desierto y que resultan también puramente norteamericanas en su carácter religioso, no político. Y son personas todas extraordinarias, solidarias, amables que intercambian cosas en una especie de mercadillo sin dinero.

Eso existirá, sin duda, pero no deja de ser un modo de vida específico de la cultura norteamericana que no puede traducirse por lo que entendemos por pobreza. Y que tampoco implica ninguna crítica real al sistema y mucho menos propone ninguna solución en común. Ellos se encuentran, se cuentan, hablan, se alivian con la palabra y luego parte cada una y cada uno por su lado, a seguir su propio camino.

Por si fuera poco, los dos protagonistas tienen familias acomodadas, con casas magníficas, que les acogerían si quisieran (sorprendentemente, diría yo) y que les buscarían sin duda buenos trabajos. Los trabajos de mera subsistencia, como el de Amazon, aparecen también romantizados, dulcificados. Casi puedo escuchar a Jeff Bezos diciendo que Amazon ofrece la posibilidad de tener un trabajo que te permita movilidad máxima, que te ofrece libertad absoluta, la posibilidad de estar hoy aquí y mañana allí; un discurso parecido a este lo escuché hace poco de un ejecutivo de Uber cuando explicaba como una gran ventaja que los trabajos del futuro permitirían la máxima movilidad, la posibilidad de no anclarse a una ciudad concreta. El Amazon de la película no es un monstruo explotador, sino un trabajo del siglo XXI con muchas ventajas sobre el antiguo trabajo estable.

Y todo esto no tendría nada de malo si la película no buscara también cierta confusión entre la historia de unos nómadas heridos y el capitalismo financiarizado de la primera década de siglo. Y ahí es dónde a mi me parece que la película hace trampas. Ante el desastre (social o personal) me parece que la película propone un camino de búsqueda interior, de reencuentro con la naturaleza y los valores sencillos, una búsqueda y un reencuentro que se tiene que hacer en soledad. Pero el desastre personal o social no son equiparables, no se curan de la misma manera. Los trabajos que no permiten tener una casa donde vivir son explotadores y no ofrecen libertad, sino cadenas. No tener una casa no es una oportunidad

para recorrer el mundo en una caravana, sino que supone el desarraigo absoluto, nunca deseado. Y la gente que es pobre, muy pobre, la que no tiene ni casa, no suele tener familias ricas con casas inmensas; tampoco suele ser solidaria y amable. Lo cierto es que la pobreza absoluta es muy jodida. Lo cierto es que los sin techo se emborrachan, duermen entre cartones, no se preocupan por lavarse la ropa, y no intercambian nada porque no tienen nada que intercambiar; tampoco es maravilloso intercambiar un abrelatas por una paño de ganchillo. Eso es lo que yo llamo romantización de la pobreza y hacer trampas en la narración. O es un viaje interior buscado y deseado o es una condena; ambas cosas no pueden ser. Y la película busca confundirlas para poder hacer pasar lo que es una historia personal por crítica social.

Quizá la película me ha generado dudas porque esperaba una cosa y me encontré con otra. No le quito hermosura, que la tiene. Y no le quito verdad, que la tiene, siempre que sea lea como un viaje interior hacia la soledad que sana las heridas; como una aventura existencial. Siempre que se vea como una foto de una forma de vida particular y muy específica, la de los modernos nómadas americanos que prefieren recorrer el mundo en sus caravanas antes que ligarse a nada; que prefieren sentirse parte de la naturaleza porque en ella se funden más fácilmente la vida y la muerte que en la permanente huida de esta última tan propia de la cultura contemporánea, en la que hemos conseguido ocultarla casi del todo.

Las películas, como los libros, se van coloreando en la memoria con distintos colores según va pasando el tiempo. Puede que en un tiempo Nomadland signifique otras cosas para mí. Este es un escrito de primeras sensaciones.